

VOY A SALIR UN MOMENTO, PUEDE QUE TARDE UN POCO

Norberto Ruiz Lima

Image not found.

Capítulo 1

No creo que pueda llegar arrastrando tu cuerpo. No lo creo. Con los dos pies cortados por la mitad mucho menos. Si no me ayuda el viento... Aunque, bien es verdad que la vida me ha regalado un tiempo que no me correspondía. Tal vez me lo gané aquella noche.

Había que ver la cara que se le quedó a Wilson cuando me preguntó dónde iba. Y al Capitán Scott. Salgo un momento. Puede que tarde un poco. No dijeron una palabra.

Iba descalzo y apenas sin ropa. Los pies, totalmente congelados, me dolían demasiado. No los tenía fríos, al contrario, me quemaban. La gangrena se sentía cálida en ellos. Congelado, como un témpano.

El frío, el cansancio y, sobre todo, los remolinos de hielo, que pululaban como cuchillos fuera de la tienda y que no permitían que diéramos un paso, nos habían ganado. Y ver la bandera noruega. ¡Hijos del demonio!

Nos encontrábamos a no más de 11 millas del depósito de víveres y combustible. Cada día nos disponíamos a partir hacia el depósito, pero en el lado opuesto de la tienda persistían los remolinos de viento helado que en rachas bajas nos impedían dar un paso. Salir era morir. Los cuatro lo sabíamos.

Evans tuvo esa desgraciada caída. Eso nos retrasó la marcha. Para sacarlo del agujero de hielo me quité los guantes y el abrigo. Las manos se me congelaron y la ventisca se me colaba a través de la ropa helando la piel y los huesos. Las mandíbulas casi se rompían por el esfuerzo de intentar no tiritar y teníamos que andar con cuidado para que no se nos congelara la saliva y la lengua que podía fácilmente gangrenarse.

Sigo pensando, aunque ya nada importa, que el capitán Scott, no organizó bien los puntos de avituallamiento. Era un tipo muy especial. Es que venía de un pasado tan seguro que no sentía que tuviera que inclinarse ante nadie, pero aún así obedecía todas las órdenes y tenía un gran respeto por la palabra disciplina. Desde luego le faltaba un poco de sentido del humor, mano izquierda para el trato cercano con los hombres y, qué sé yo...; pero también hay que decir que fue su empeño quien nos trajo a la Antártida; su empeño, quien recaudó los fondos necesarios para financiar parte de la expedición. Yo invertí mil libras, ese dinero y mi conocimiento de los caballos me trajeron aquí. Apsley se dejó otras mil.

Evans y yo nos quedamos por el camino. Espero que los demás tuvieran su oportunidad. Ojalá que Edward y su colección de piedras,

Birdy y Scott lograran alcanzar el depósito de avituallamiento. Estábamos muy cerca. No sin otra intención salí de la tienda para perderme entre los hielos. No querían abandonarme como no quisimos anteriormente abandonar a Evans; pero, pensándolo fríamente, esas decisiones no hicieron más que retrasar la marcha y ese tiempo suponía la diferencia entre vivir o morir.

Además oí a Scott decirle a Wilson cuando creían que yo dormía: "si todos estuviéramos en forma yo tendría esperanzas de llegar, pero el pobre soldado se ha convertido en un terrible impedimento, aunque hace lo mejor que puede y me temo que sufre mucho".

Tengo que parar. Cerraré bien el trineo y esperaré a que el tiempo mejore un poco. Puede que tarde unos días en mejorar.

En cuanto encienda la lámpara para calentarme, su cuerpo parecerá que vuelve a la vida. Cogerá de nuevo color; y la palidez, que no sé si es fruto de la muerte o del frío, desaparecerá. Es el reflejo de la llama.

Cuando Evans se partió la crisma le pasó algo parecido. Al calor de la llama se iluminaba y cuando se lo apartaba de la lumbre, palidecía. Era como si su alma ya estuviera fuera y buscara otro calor. Murió apenas sin lamentarse, posiblemente buscando el descanso.

No creo que fuera una mala idea traer caballos. Creo que usando a la vez caballos y perros, alternándolos según la orografía, el clima y el peso de la carga, la velocidad de marcha hubiera sido mayor. Además la carne de caballo podía ser mejor aprovechada. Lo que no fue buena idea fue mandar a elegirlos a alguien que no diferenciaba un caballo de un penco. Tenía que haber ido yo a buscarlos a Siberia. Los que compraron eran muy viejos para esa clase de trabajos y no eran más que un miserable montón de cacharros. Los engañaron. Ya habrá algún vendedor de caballos que, llenos los bolsillos, duerma caliente a costa de nuestra sangre. Pocas cosas hay más despreciables que los tratantes de caballos. Admunsen trajo sólo perros. Digamos que se equivocó en menos. Jodido noruego, presentarse aquí sin más, porque sí. Hay cosas que los caballeros avisan y no era poco el que viniera a conquistar el Polo Sur. Eso sí, eligió mejor el lugar para instalar el campamento base, salió antes que nosotros y qué sé yo, posiblemente, era mejor explorador que Scott y todos nosotros juntos.

No quiero ni imaginar la llegada del capitán Scott a Inglaterra. ¡Robert Falcon Scott se había dejado arrebatarse el honor de llegar el primero al Polo! A un inglés se le adelantó otro tipo que, fuera de donde fuera, seguro que tenía que hacer las cosas peor que los ingleses, que son los encargados de llevar la luz para iluminar el mundo. No sé cómo habrá podido soportar eso. Conociéndolo, antes hubiese preferido dejarse

desollar vivo.

Ya le advertí que estábamos haciendo demasiado ruido acerca de nosotros: fotografías, aplausos, el vapor de la flota...; "una podredumbre, porque si fracasamos nos hará lucir más tontos", le dije.

Admunsen no sólo no hizo ruido, sino que nos hizo creer que iba hacia el Polo Norte. Nosotros andábamos tranquilos, sin prisas. Buscando huevos de pingüinos y piedras.

Será mejor que empiece a limpiarte. El olor es demasiado penetrante, aunque la grasa lo camufla un poco. Has estado seis días muriendo. Con esa constitución de titán no me extraña. Evans casi no se hizo nada en comparación contigo. Voy a limpiarte. ¿Dónde estarán los trapos? Al final me he acostumbrado a hacérmelo todo encima y a andar con todo pegado. Es indudable que es lo más práctico. A ver. ¡Qué difícil es moverte! Espera. Deja que te suba. No sé por qué te tengo tan vestida. Sería mejor desnudarte y llevarte por fuera, tu cuerpo aguantaría mejor. Puede que tardemos más de un mes en llegar.

Me devolviste a la vida. Cuando me dejé caer al suelo, rendido, recuerdo que recé por los que se quedaban en la tienda y me tumbé. Estaba helado y los remolinos de nieve entraban por el cuerpo como una serpiente congelada. La piel parecía que podía despegarse de la carne. Sólo voy a salir un momento, puede que tarde un poco.

Me agazapé, contra mi estómago y mis muslos, como un perro helado. El frío viento cortaba como una cuchilla y las heridas se congelaban tan rápido que yo sentía cómo la congelación alcanzaba la sangre de las venas. Los temblores y el estremecimiento eran terribles.

A ver, déjate limpiar. Esta grasa te libra del frío, pero no veas cómo se pone de pegajosa, menos mal que nuestros excrementos debido a nuestra alimentación, normalmente, se asemejan a duras bolitas. Pero, claro, después de las heridas que te hiciste, tu estómago se debilitó y aquí me tienes.

No te lo creerás; pero tocándote, limpiándote, me siento más vivo. Ya era hora de que yo te cuidara un poco. He perdido mucha vista. En un principio fue difícil vivir allí abajo. A tientas. Tú te movías fácil, porque tus ojos rápido se adaptaban a la oscuridad de aquellas profundidades entre los hielos, pero yo..... No te preocupes, cuidaré de ti. Cerraré con la losa de hielo el refugio y dormirás allí para siempre. Para que tu cuerpo como los de aquellos que te precedieron entre los hielos no desaparezca.

No hay más remedio que pensar en eso cuando aquí la carne entre el hielo no se descompone. La maldita eternidad. El cuerpo dura

aquí para siempre. Éste es el centro del mundo. Nada echo de menos. Nada. Incluso ahora, que puedo marcharme hacia la Bahía de las Ballenas y con un poco de suerte encontrar ayuda.

He perdido mucha vista, aquí hay más noche que luz, y además he trabajado tanto tiempo puliendo hielos entre las sombras que mis ojos se han acostumbrado más de lo debido a la cercanía y a la oscuridad. A ti no te pasaba lo mismo. Tus ojos no han sufrido ni con el humo de las lámparas, ni con la oscuridad, ni con la luz que enfila los objetos y los paisajes a ras de la superficie, ni con el helado viento que quema la piel. Deja que te cambie esta grasa. Te voy a limpiar. Empieza a oler demasiado el trineo. Sí, te pondré por fuera del trineo. Un mundo congelado. He pasado contigo varias veces por el mismo Polo Sur. Ese eje que chirría a mis oídos, arañándolos. Y he vuelto a ver esa bandera noruega.

No me disgustaba que me llamasen soldado. Soldado. Soldado.

Pesas como un bloque de hielo. Tengo que atarte al trineo. Te dejaré aquí afuera para que el hielo conserve tu piel, tu carne y tus órganos. Soldado. Me enorgullecía mucho haber vestido la casaca de capitán de Dragones. Incluso la herida de la rodilla la llevaba con orgullo. Ésa que abierta en África y congelada en la Antártida me dijo que de aquí no saldría.

Hay que ver cómo me cortaste los dedos de los pies, más allá de sus raíces. También seis dedos de las manos. Como si fueran cañas. Con piedras afiladas. La congelación ayudó.

Ahora te muevo como si estuvieras viva. Como si sintieras. Casi dos años he habitado contigo en un mundo de hielo. Frío. Rodeados de remolinos de nieve y hielo.

Hace viento, un viento helado, como el día que salí de la tienda para perderme, morir congelado y darles una oportunidad a ellos. Sólo voy a salir un momento, puede que tarde un poco. Como un perro enroscado sobre mi estómago. Escuchaba silbar a la ventisca, me dolían las piernas y notaba el corazón latiendo como si fuera un martillo de hielo. Temblaba. Tiritaba tanto.

No fue difícil perderse porque no se veía apenas. No sé si llegué a dar diez pasos fuera de la tienda. Caí enroscado a no más de diez pasos. Sólo deseaba que ellos no me encontraran con una mueca congelada. Pero sólo pude dar diez pasos. Nadie ignora que morir así es muy sencillo. La ventisca y el hielo se lo comían todo: 60º bajo cero.

De pronto el cielo y el suelo desaparecieron. Parecía que se movían como dos bloques enemigos. La Gran Barrera engaña mucho. Y

las grietas heladas. Peor es el Mar de Hielo. Si te traga desapareces para siempre.

Cuando me tumbé, aterido de frío, temblando, con la boca y la saliva congeladas, y las manos tíasas, no sentía nada. No podía abrir los ojos porque se me había congelado la humedad del cristalino. La ventisca lo cubrió todo.

Estaba descalzo y sin ropa a 60° bajo cero. Voy a salir un momento, puede que tarde un poco. Por un instante, pero fue sólo un instante, el miedo empezó a deslizarse por el bloque de hielo y se multiplicó. ¡Qué temer si sabía que iba a morir!

Yo estaba enroscado sobre mi estómago esperando la muerte. Caí a no más de diez metros de la tienda. Enroscado, temblando de frío, congelado y con cada poro supurando hielo.

A ver, deja que te quite la grasa.

Sufrí varios espasmos mientras temblaba. Recé. Canté una canción pensando en Inglaterra. Sería el miedo. Y dejé de respirar. Me dio la sensación de que el suelo se movía e iba a tragarme.

Tengo que salir a anclar bien la lona del trineo. Comeré algo. Voy a descansar. Mañana te sacaré fuera. Hoy creo que es buena idea que me abrace a ti. Incluso dentro del trineo, con estas bajísimas temperaturas, tu cuerpo aguantaré.

No he terminado de limpiarte; pero, me es tan difícil moverte. Aquí, con tan poco espacio. Déjate abrazar. Así los dos llenos de grasa. Con la desesperación de no alcanzarnos nunca. Han transcurrido más de doce horas y no amaina el viento. Nos iremos juntos. El hielo y el frío se convierten rápido en enemigos feroces y trágicos. No, no son elementos muertos. Esta Antártida, este Polo Sur helado tiene alma.

Cuando salí de la tienda y le dije a Scott, a Edward y a Henry que iba a salir un momento y que puede que tardara un poco, ninguno reaccionó. Había que ver la cara que se les quedó, cuando me vieron descalzo salir afuera con una ventisca del demonio. El infierno sin duda es de hielo no es de fuego. El paraíso también. El bloque de hielo no para de crujir. Óyelo.

Apsley, éste también es el peor viaje del mundo. Sí, señor. Hay que joderse, hacer ese viaje para coger cuatro huevos de pingüino. Pero eso es lo que nos hizo grandes, aunque el mundo pueda ignorarlo. Para ti la gloria, Admunsen. Bueno, tampoco libro de mis pensamientos al que andaba siempre más estirado de lo conveniente, que parecía que llevaba siempre metido un palo por el culo. Scott ni siquiera escuchó a Wilson

cuando le aconsejó que eligiera a Tom en lugar de Evans. "Evans no tiene esquís y además sólo tenemos provisiones para cuatro". Pues claro que fue un cálculo fatal.

Admunsen lo preparó todo mejor. Su viaje no tuvo ningún fin científico. Si hubiera perdido todo el tiempo que perdimos nosotros en busca de huevos de pingüino emperador para Wilson empeñado en demostrar no se qué teoría, que hizo que junto con Henry y Apsley llevaran a cabo, según decían, el peor viaje del mundo; "pues a la vuelta nos llevaba de la mano la locura, con vientos infernales que parecían que iban a arrastrar la tierra", según contó Apsley.

Admunsen tampoco se dedicó a estudiar las piedras y la geografía, motivo que hizo que cargáramos hasta el último momento con cuarenta libras de piedras para su posterior estudio científico en Inglaterra. Su fin era llegar al Polo Sur el primero. Lo consiguió. Dios bendiga a los héroes.

Voy a encender otra lámpara. Esta grasa y este aceite aguantan bien. Parece mentira que pudierais vivir así. Entre traicioneros mares helados que se abren y te tragan, entre fríos tan extremos que sólo la muerte parece soportar, entre vientos que cortan y te dejan sin los sentidos que pueden defenderte, al albur de miedos que parecen empujar la tierra entera agarrándola por su eje que chirría como si estuviera oxidado.

El hielo se ha abierto y una boca de frío ha llegado hasta nosotros como una nube congelada desde su interior. Seguro que sabrías lo que hacer. Lo primero anclar el trineo al hielo para que no resbale y caiga por la grieta abierta por el movimiento de las placas heladas. ¿Dónde estarán las tiras de cuero? Te lo vi hacer muchas veces.

El viento aquí no se deja domar y hay que asegurarlo todo a la hora del descanso. Es curioso y sencillo, se agarran unas piedras que se atan al extremo del cuero; ¿lo estoy haciendo bien? A continuación se cava en el hielo con el hacha, dando al agujero forma para que la piedra atada al cuero quepa dentro; para, con un giro, encajarla en la abertura y que quede anclada. Siempre hay que tirar fuerte para asegurarse. Y ahora a tensarlo arriba.

La tormenta no cede. El viento aquí te deja ciego. He perdido todas las pestañas. Pero fue allí abajo, escondido bajo los hielos. Contigo. Echo de menos aquel olor: de los pasillos helados, de las frías habitaciones con paredes de hielo, de la grasa. A media milla bajo la superficie.

Sentado en el hielo, esperando la muerte, con los pies entrelazados y la cabeza sobre las rodillas, como un perro enroscado,

congelado, de pronto, algo empezó a quemarme la cara. Noté que mi cuerpo se separaba del suelo con bruscos movimientos. La congelación que estaba gangrenando mis pies y mis manos, el cansancio, el frío intenso, la ventisca.... Enroscado, me toqué el pecho y no noté el latido de mi corazón.

De pronto, sentí que me levantaban como si yo no pesase y un fortísimo olor me atravesó la nariz y me llegó hasta el pecho, un olor agrio que yo supuse que era el olor de la muerte. Pensé que quien fuera que me estuviese ayudando también me quería ciego, porque con una fortísima presión me dañaba los ojos, que hacía tiempo que era incapaz de abrir porque mis párpados estaban congelados. "Ya llega la muerte", pensé.

Recibí muchos golpes, perdí el sentido y, conforme volaba, estaba seguro de que el hombre que quedaba atrás, enroscado, con las piernas cruzadas y la cabeza entre las rodillas no era yo; sino un cuerpo desnudo con los huesos tronchados, la carne congelada, el rostro, los pies y las manos ennegrecidas por el hielo y la gangrena que, multiplicada por la congelación, estaba comiéndoselo por dentro.

Con fuertes dolores, no recuerdo cuánto tiempo después, imaginé que fue mucho, desperté. Estaba dentro de un trineo formado por grandes huesos de animal marino, techado y protegido del aire helado que barría la superficie. Me miré las manos y aunque sentía todos los dedos, vi que me faltaban cuatro.

Mi cuerpo estaba cubierto con grasa y pieles, y la poca luz que me ayudaba a situarme eran pequeños haces de brillos sólidos que se filtraban por entre las pieles. Me dije en voz baja: "Con tantos dolores como padezco no tengo más remedio que estar vivo".

El lento despertar, que siempre provoca el frío, luchaba con la fascinación de estar vivo y la curiosidad de saber quiénes habían sido mis salvadores. De pronto, mientras no daba crédito a mi buena fortuna por haber sobrevivido a una muerte tan segura, se abrió medio techo del trineo, apenas pude ver quién era, pero dos brazos poderosos me sacaron fuera, como si yo no pesase, con igual rudeza con la que debieron apartarme del laberinto de hielo, viento y desolación en el que había caído condenado a muerte. Perdí el conocimiento. La debilidad o el frío. Fui untado otra vez de grasa. Vi mi ropa afuera y fui consciente de que estaba desnudo en un mundo de hielo, viento y frío.

Mi cuerpo empezó a temblar otra vez, mis dientes se golpeaban entre sí tan fuerte que parecían que se habían convertido en hielo e iban a romperse, mis labios adquirieron un movimiento que yo no deseaba, y parecían dueños de ellos rezos y murmuraciones inconscientes.

A ver, deja que te saque fuera del trineo, ya te he limpiado bien la grasa porque ahora ya no necesitas calor, sino frío para que se conserve tu cuerpo y todos tus órganos en perfecto estado. La primera vez que te vi pensé incluso en la esclavitud. Vi tu rostro y tu cuerpo, y dudé si estaba vivo o muerto. Pensé que el tiempo se había detenido en la Antártida. Soñé con la aventura que suponía salir con vida de allí. Esto último lo soñé para no caer en el abatimiento y el desaliento que siempre atenazan más el movimiento que los músculos doloridos, bien lo comprobamos cinco ingleses cuando vimos la bandera noruega ondear en el Polo Sur.

De mi salvador, de ti, sólo sabía que tenía una fuerza descomunal, capaz de levantar con una mano el peso de un hombre, que sólo disponía de un trineo que pareciera sacado de un lejano pasado, que no había ningún animal de tiro y que nadie más te acompañaba. Me pregunté en qué campamento donde se adorase el calor como a un dios morarías para que yo pudiera recuperar las fuerzas y el aliento de la vida. Y me pregunté, viendo el trineo y las pieles, esclavos de su propio pasado y ajenos a toda expedición de nuestro tiempo, cómo habías llegado hasta allí.

Otra vez me untaste de grasa y me abrigaste con unas pieles.

Para el descanso, el trineo disponía de techo y dos paredes laterales de pieles y cuero, aislado de las extremas condiciones atmosféricas por tripas y grasa.

Entraste en él trineo y te tumbaste junto a mí. Te quitaste la capucha y pude verte bien. De cabello largo, sin cejas. Con una frente pequeña que pronta empezaba su curvatura hacia atrás, la nariz era alargada y achatada, con amplias fosas nasales y la cara redonda con labios gruesos. De baja estatura, pero con un ancho cuello que dejaba adivinar el resto de tu cuerpo y los duros esfuerzos a los que te había sometido esta inhóspita tierra de hielo. Parecías un ser de otro tiempo. Seguías con la cara cubierta por más de dos dedos de grasa que te protegían del frío. Cubierta de grasa como los animales.

Volviste a frotar mi cuerpo dolorido con la grasa. No pude articular una palabra. Tú tampoco abriste la boca. No te oí decir nada. Con una sola mano me levantaste del trineo. Parecías un ser prehistórico y legendario. Pensé que no eras humana. Por tu constitución física, bien podías no serlo. Tus gestos, tus movimientos eran muy bruscos, más bien salvajes. Me amputaste los dedos de los pies y cuatro dedos de las manos. Yo creía entonces que no iba a sobrevivir. Hiciste todo eso sin decir una palabra.

Desperté unos días después, no sé cuantos, y poco a poco fui volviendo a la vida. Tú seguías sin palabras, como las bestias, pensé yo,

sin una palabra. Y también pensé que, como los animales, vivías en un infinito presente, sin pasado ni futuro, con una única medida de ausencias y presencias que sufriendo al tiempo te evitaba padecer la deliberada lentitud del sufrimiento o el rápido abandono a los fugaces momentos dichosos.

Cuando ya pude empezar a comer algo. Sacaste una bolsa de carne cruda, te la metiste en la boca y, luego, cuando estaba reblandecida por tus molares y tu saliva, me la diste de comer. En un principio, solamente ingerí tu saliva con el jugo de la carne. Me levantaste de nuevo con una mano, como si nada me doliera. Con el tiempo aprendí a reconocer el sabor de cada pedazo de carne. Dormí y seguí recuperándome durante varias jornadas. No sé cuántas. Ese día, nada más despertar, comenzaste a pertrecharte para iniciar una andadura hacia el centro del mundo.

Durante varias jornadas no dijiste una palabra.

Hasta que un día abriste la boca. Sólo pronunciaste una palabra cuya articulación estaba a medio camino entre un vocablo inteligible, un silbido y el estallido de los más profundos órganos del habla, barridos por un aire sonoro. No llegó a vencer a mi acobardado espíritu la intuición de que sobrevivir era posible, simplemente por el hecho de que la comunicación, vencidas nuestras distancias, podía nacer entre nosotros.

Ahora te veo con la boca desencajada, muerta y fría como el hielo que nos rodea, confiando en mí. Confiando en que yo, con mis exiguas fuerzas, te lleve al centro de los hielos.

Tus frases no abarcaban más de tres vocablos seguidos. Eran sonidos chirriantes y secos que a veces se acompañaban de algún silbido de atención, y que siempre eran indicativos de mandatos que había que obedecer, lugares o peligros.

Tu lenguaje, no me sorprendió, sobre todo cuando me golpeaste por no atender rápido a tus indicaciones, eran onomatopeyas casi puras, con chirriantes clics que salían de tu boca. Aquí no hay lugar para el error. Cinco ingleses cometimos muchos y dos nos quedamos por el camino. Espero que el capitán Scott, Wilson y Bowers tuvieran su oportunidad.

¡Dios!, no sé si voy a poder sobrevivir sin ti. Voy a preparar los pertrechos para salir, soltar las cintas, embarcarlo todo y preparar la vela. El viento es bueno. Hay visión y afortunadamente la ventisca va amainando.

Tu vocabulario, en la superficie de los hielos, era muy limitado pero muy efectivo para tu mundo, la ausencia de sustantivos evitaba cualquier conjetural propósito de crear un mundo en función de los

objetos que en él caben y que pueden ser poseídos. La casi totalidad de las palabras eran verbos de movimiento o acción y no existía más que una única raíz de la cual derivaban todos los adjetivos, un adjetivo único, con infinitos derivados, cuya misión era representar los innumerables tonos con los que identificaban el color blanco del hielo y su muda en infinitos matices hasta convertirse en el color negro de la noche. Cartógrafos infinitos del color blanco. El número de adjetivos que calificaban las tonalidades del blanco del hielo era inabarcable por alguien que desde la niñez no se hubiese empleado en su estudio y dominio y no se hubiese forjado como diestro aprendiz de geodesta, con la complicidad de los siglos y las generaciones, un mapa en la cabeza del tamaño de la Antártida en el que se reflejase con la precisión de un artesano inmortal todos los tonos pintados sobre el hielo.

Los caminos venían dibujados en su imaginario mapa, construido sobre la intuición profunda, con los adjetivos que coloreaban el hielo, y no les exagero si les digo que llegué a identificar más de mil palabras que pintaban los matices blancos del hielo. Nadie puede ignorar que en menos de dos años es demasiado complejo dibujar ese mismo mapa albino en mi mente y, por tanto, siempre me sentí algo desvalido comparado con ella por la superficie polar.

Llegué a la conclusión de que tú y yo teníamos un diferente sentido de la vista. Había tantos tonos de blanco que yo no diferenciaba, que alguna vez conseguí desquiciarte con mi ineptitud ante los matices. Nunca he podido entender cómo un lenguaje que adolecía de la falta de escritura podía, sin sustantivos y con un único adjetivo raíz, abarcar el conocimiento del hielo y sus peligros de esa manera tan compleja. Un lenguaje simple, que podía hablar de la misma forma que lo hacía el viento cuando nos rodeaba. Un lenguaje que aprovechaba los sonidos de la superficie helada y los hacía suyos. Con ese lenguaje, eslabón comunicativo entre el grito y el habla, ella dominaba el arte de la cartografía y de la localización según el color blanco de los hielos.

Las oraciones de su lenguaje tenían una estructura muy simple: un verbo y un adjetivo. Los sustantivos no existen. Digamos que nada existe que no sea el hielo que, por ser considerado el origen, centro y bordes de todo lo creado, era inabarcable, y te referías a él como a ese dios inabarcable que necesita ser calificado con su principal característica de todas las maneras posibles para no desatar su rabia.

Nada más simple que la terrible geografía y la cercanía de la muerte para que los objetos pierdan toda trascendencia. Si quería referirse a algún objeto lo nombraba utilizando el verbo que representaba su más cercana cualidad. Todos los sonidos se pronunciaban cerrando mucho la cavidad bucal diseñada para ampliar el alcance de las voces en

aquella austera geografía de interminables mesetas heladas.

El paisaje, las tormentas y los vientos construyeron su lenguaje, al igual que el paisaje conforma a los seres vivos que sostiene. Los sonidos eran muy difíciles de identificar por el parecido que tenían entre ellos; a veces, no eran más que chasquidos breves, como pequeños golpes de tambor acompañados de silbidos; otras veces, eran aullidos que el aire helado se encargaba de llevar a la lejanía, surgiendo de su pecho la palabra como una liberación.

Cuando ya estábamos preparados para la marcha con toda la impedimenta colocada en el trineo, comenzaste a desatar los cabos que mantenían atadas, a la parte delantera, pieles curtidas cuidadosamente envueltas y que cuando las desanudaste del todo conformaban una especie de vela ligada al trineo mediante larguísimas sirgas que se me antojaban no muy fáciles de manejar.

Mientras los vientos fueran favorables navegaríamos con aquellas extrañas velas, a lomos del trineo, hacia el centro de la Antártida a donde, sin remedio, yo veía que tu legendaria presencia, me llevaba para que nadie pudiera encontrarme.

Sin más remedio que unir mi destino al tuyo, me situé en la parte trasera del trineo y te vi maniobrar. No te volviste a mirarme siquiera una vez. Pensé que navegábamos a la Lengua del Glacial Beardmore. No dijiste una palabra. Como una simple bestia que olía los vientos helados y leía cada paso del vertiginoso hielo.

Mis pies agonizantes me punzaban a través de las venas todos los sentidos. Me los rodeaste de piel y me los limpiabas varias veces cada jornada con grasa para que no se infectaran. Y no lo hiciste de una manera dulce. Cogías mis heridas como si no me dolieran. Me tratabas con estridentes sonidos y, a veces, con golpes que yo atendía con celeridad para que el dolor fuera menor. Picores, miembros gangrenados y cortados, dolor y miedo; y tú. Pensé en la esclavitud y en el desconsuelo. Y en que no había tenido tanta suerte.

En andar, con cierta normalidad, tardé dos meses. Me llenaste de grasa para aislarme del frío, me vendaste con pieles los pies y las manos y me pusiste unas botas de una piel áspera, rellenas en su parte delantera para que no echara de menos mis dedos. Me dijiste que bajara, no te entendí y con una maroma de anclaje me golpeaste hasta que salté del trineo como pude. Me pareció que habías decidido abandonarme. Así empecé a viajar fuera del trineo, siguiéndote como un perro sigue la mano del amo; tu mano poderosa.

Los sonidos que tu boca articulaba chirriaban en mis oídos como quejidos desagradables que siempre conseguían ponerme en alerta. No

era un idioma precisamente para el amor. Ese idioma de la superficie antártica dura e inhóspita viajaba de tu boca a mi oído con cortantes sílabas y afiladas órdenes.

Hacía, como mucho, dos horas que guardaste la vela asegurándola con los cabos. Yo apenas podía moverme. Me habías cortado todos los dedos de los pies y cuatro de las manos. No recuerdo si tuve fiebres.

Me alimentaste masticando con tu boca carne y algún mejunje que parecía hecho de algas y yerbas. Anclaste el trineo al hielo laboriosamente con estacas hechas con huesos de animales marinos y nos preparamos para aguantar la tormenta. Permanecimos tumbados dentro del trineo, bajo las pieles, y, de vez en cuando, encendías la lámpara de aceite para calentarnos. Así estuvimos varios días. Abrazados y respirando sobre nuestros rostros. Parecías hecha del mismo hielo con el que se formaron las mesetas, los montes, las vaguadas y los glaciales en la Antártida.

Seguíamos una ruta que leías en el hielo con la facilidad con la que se orientan las aves migratorias en su devenir por el infinito cielo o los peces por el oscuro mar, sin más instrumentos que tus sentidos y tus instintos. En un punto prefijado a tres jornadas de viaje del lugar en el que soportamos una gran tormenta enterraste bajo el hielo dos grandes trozos de carne que transportabas en el trineo. Abriste un gran boquete, que ya estaba cincelado, en un punto que en nada se diferenciaba de la inmensa llanura helada que nos rodeaba; y dejaste al descubierto un almacén de carne congelada escondido entre los hielos.

No había otra forma de sobrevivir aquí; tal como hacíamos nosotros, con depósitos. Cuando quedamos atrapados en nuestra tienda no estábamos a más de 11 millas del depósito de una tonelada, sólo a 11 millas de salvarnos; pero el frío, las bajísimas temperaturas, y la helada ventisca nos impedían salir. Salir era la muerte. Pero quedarse... Espero que Scott, Wilson y Bowers tuvieran su oportunidad, estábamos sólo a 11 millas. Tuve una trifulca con Scott por culpa de esa última localización, pero el jefe tomó su decisión y...

Podía haber más de dos mil libras de carne y grasa. Voy a sacarte afuera. Te ataré al trineo y el frío te conservará. No quiero que ni un cachito de tu piel pueda carcomerse. No te preocupes. Yo estaré dentro. Sólo las almas están por fuera. Las almas y tu cuerpo helado.

Anduvimos y navegamos con los vientos. Y anduvimos y volvimos a navegar ayudados por los vientos cuando eran favorables. Y anduvimos. Anduvimos sin otra referencia que la de tu habilidad entre las sombras y los hielos. Después de tantas jornadas habíamos dejado atrás el Polo Sur

y nos dirigíamos a...; bueno, yo no sabía adónde nos dirigíamos.

Nos acompañaron ventiscas cegadoras, tormentas de nieve, tempestades de hielo, remolinos helados y de rayos; borrascas que silbaban entre las gargantas y frío, mucho frío.

Caí víctima de la congelación una vez más y me cortaste otros dos dedos de la mano. Deseé la muerte. Otra vez. De la misma forma que la deseé la noche en que decidí abandonar la tienda para darles una oportunidad a los demás. Voy a salir un momento. Puede que tarde un poco. Más de una vez pensé que moriría. Pero contigo, ahora que te estoy atando con cintas de cuero al trineo, aprendí que el cuerpo y la mente tienen distinta capacidad de resistencia.

Voy a entrar en el trineo. Creo que es mejor que te quedes fuera. Con tu cuerpo congelado y ya eterno.

Capítulo 2

Cuatro meses duró nuestro viaje. Nos alimentábamos en los depósitos. Nos calentábamos con grasa, por una parte, untada al cuerpo y, por otra, encendiendo una vela y manteniendo el trineo cerrado. Cuatro meses en los que descansaba y dormía abrazado a ella con su caliente respiración sobre mi cara. Sin apenas espacio. Cuatro meses en los que untaba su cuerpo, para protegerlo del frío, con grasa de elefante marino a la luz de la llama o en la oscuridad. Llegué a conocer, por pequeño que fuera, cada rasgo de su rostro de ser de otro tiempo, llegué a conocer cada hendidura, las cicatrices que rayaban su piel, cada cabello, cada trozo de su cuerpo. Un cuerpo tan diferente al mío y, a la vez, tan cercano. Ahora su cuerpo está ahí fuera, congelado, esperando el descanso eterno.

Con tanta soledad, tanto sufrimiento y cansancio pensé que, tarde o temprano, ella no se resistiría a caer durante aquel viaje, al menos un segundo, en brazos de la ternura. Cuánto hubiera dado por una caricia, por una palabra susurrada, por una sonrisa distraída, pero en todo ese tiempo no asomó ni un gesto de debilidad en sus músculos, ni un brillo delicado en sus ojos, ni una sonrisa leve de su boca. Llegué a la conclusión de que su corazón y su pensamiento, a pesar de contar con el concurso de un prehistórico lenguaje, eran más propio de las bestias y del severo gobierno de los instintos.

Tenía un aspecto primitivo, con amplias fosas nasales y larga nariz para que el aire helado con un más largo recorrido se hiciese más cálido antes de llegar a los pulmones. Su rostro era redondeado, y su boca era pequeña para impedir un más rápido enfriamiento del aire expulsado por la respiración. Apenas tenía frente, que huidiza jalaba rápido el cabello hacia atrás. Era un ser preparado para la lucha en este continente de hielo. Congelada está ahora afuera. También su alma. Congelada.

Su piel era muy pálida, casi del color del hielo, sin vello, condenada por los miles de años de evolución en aquellas inhóspitas tierras a una palidez permanente y sometida a la oscuridad de los ropajes, la grasa que la calentaba y los hielos que nadie merece. Tenía un esqueleto mucho más recio que el mío y una musculatura definida y perfectamente adaptada a una tierra en donde tan sólo el hielo no era tratado como un enemigo y donde no había más colores que el blanco y sus infinitas tonalidades.

Había veces que yo no podía caminar sin su ayuda. Me ataba a ella y avanzábamos juntos. Y todo eso sin intercambiar una palabra de aliento, de ánimo o de alivio porque su brutal idioma no poseía ni una sílaba dedicada al sentimiento. Así viajaba yo, como un perro o un

esclavo.

Atravesamos una meseta que se hacía interminable. Pensé que viajábamos a un lugar inaccesible. Lejano a su tierra. Lejos del ser humano, que nunca lo vio. Quise conquistar el Polo Sur y voy a ser el primer humano en llegar al Polo de la inaccesibilidad. Un inglés. Ahora el Polo Sur, para mí, no va a significar nada.

Aumentó la fuerza de las ventiscas que nos hacían retroceder sin misericordia. Ella acogía todos nuestros sufrimientos y desgracias sin lanzar siquiera un reproche. Pasamos momentos tan duros que imaginé a la naturaleza, perseverando en su defensa, magnificando y falseando su condición para que el único lugar secreto que se mantenía inviolado por la mano humana en esta Tierra pudiera seguir jugando con el tiempo y con la eternidad.

Las palabras que ella me dirigió durante la larga marcha no pasaban de ser contundentes monosílabos fácilmente comprensibles y que me obligaban a ejecutar alguna tarea rápidamente. No me cabía duda de que aquél era un idioma para la supervivencia, con tonos basados en los sonidos de la naturaleza, preciso y breve, acompañado de gestos secos y severos clics pronunciados por su boca. Era el idioma de la atención, lleno de monosílabos, porque cada sílaba regía los sentidos hacia la necesidad de continua vigilancia.

Llevaríamos recorridos más de 2.000 kilómetros en unas condiciones terribles. Los temblores me consumían con cada paso, la debilidad de manera sutil se adueñaba de mis huesos, de mis músculos y, por último, de mi mente.

No niego que alguna vez se me pasó por la cabeza sentarme en el hielo y abandonarme en brazos de la muerte que seguramente llegaría rápida. Pero decirle a ella: voy a salir fuera, puede que tarde un poco, sin duda me hubiera supuesto un severo castigo físico. Me hubiese obligado a andar a golpes, o a entrar en el trineo. Tenía una fortaleza fuera de lo común. El dolor y el sufrimiento, aunque físicamente fuera intenso, apenas si afectaban su ánimo.

Una vez que terminamos de atravesar esa interminable meseta nos enfrentamos a una orografía afilada y engañosa, y con las mismas terribles condiciones atmosféricas que habíamos arrastrado el último mes. Frío. Viento. Hielo. Frío. Nieve. Viento. Tormentas. Ventiscas. Temperaturas de hasta 70° bajo cero. Ventiscas que parecían que provenían de los pies en lugar de los cielos. Frío, mucho frío. Tanto viento y, tan helado que cortaba su silbido. O me mataba el frío o me mataba ella. Y apostaba, previendo la derrota, mientras cada paso se me hacía un mundo, acerca del tiempo que yo no me mantendría con vida en aquellas

condiciones.

Dimos un rodeo final para evitar una garganta estrecha, muy estrecha, que la blancura monótona del hielo hacía invisible a la exploración y a la búsqueda y que, en absoluto, se adivinaba en la vasta llanura. La abertura tendría el tamaño de un hombre y la oscuridad de su fondo presagiaba una profundidad sin límites. Era como una herida hecha en el inmenso llano hielo que rodea el Polo de la Inaccesibilidad, como yo lo llamé, donde no llega nadie, símbolo de la soledad y del frío extremo y que podía abarcar una superficie tan grande como Europa. Ahí, junto a mis pies se encontraba el final de nuestro viaje. Me pregunté qué había movido a estos hombres a viajar hasta tan impenetrable lugar, tan recóndito y tan brutal, en donde sólo el hielo, las ventiscas y el frío, tienen movimiento. Imaginé que fue el miedo. Pero, ¿a qué?

El despeñadero, habida cuenta de que estaba constituido por una estrecha grieta de no más de dos metros de ancho, era un abismo mortal camuflado por el blancor del hielo y los reflejos de la luz y la oscuridad de un cañón en penumbras. Aunque poca amenaza puede suponer una trampa que jamás pisará nadie, y que quien por allí transita conoce de sobra su existencia porque fue construida por sus manos o por las de sus antecesores.

“Llegamos”, dijo, señalando con el dedo índice hacia abajo, hacia lo profundo. Yo entendí “llegamos”, y me desplomé en el suelo pensando que habíamos llegado a ninguna parte, “deseo morirme”, dije, pues nada vi a mi alrededor en el horizonte, sólo nieve, hielo y frío, toneladas de frío que congelaban la sangre, en un páramo monótono, y que no presagiaban la existencia de refugio alguno.

Paramos. A nuestros pies el gélido suelo llegaba a su fin y daba comienzo una fosa, disimulada por el suelo helado monocromo, tan profunda que su fondo era inalcanzable por la luz.

El frío me entraba por la máscara y entumecía mi nariz y mis mejillas. La grasa que me cubría la cara me calentaba y a la vez me daba vida y fuerzas con su sabor agrio y su olor penetrante. Sin duda son los olores quienes provocan mayores evocaciones a nuestros sentidos. Ella repitió: “llegamos”, con un chirrido que se oía desde mucha distancia mientras el aire jugaba en su boca provocando roces que con un poco más de fuerza dañarían mis oídos. En un principio el lenguaje sería eso, el brusco fragor de las articulaciones bucales. Todo seguía siendo hielo, viento y frío.

Saqué medio cuerpo hacia el vacío y miré. Se adivinaba un camino tallado en el hielo, difícil de ver, incluso sin ventisca y con luz. El salto hasta la pista sería de unos tres metros, aunque, como la distancia entre el camino y la otra pared era mínima, la sensación de profundidad

menguaba mucho y el miedo estaba limitado por las paredes, el camino y el abismo.

Descolgamos primero el trineo, atándolo a un cabo de cuero. Luego saltamos. Primero, lo hizo ella. Cayó al camino y rápidamente rodó hacia la pared helada. Tal vez, la naturaleza y la vida no son concebidas sin peligros y apartarse de ellos sería ir contra las leyes de la Creación. Yo quise asegurarme clavando una piedra en el borde y bajar deslizándome por un cabo, sin necesidad de saltar. No me dejó hacerlo. Me dijo, "no" en su arisco idioma y me abrió los brazos. Salté. Rodé. Y ella me agarró. Volvimos a pertrecharnos y comenzamos a descender por una rampa helada de al menos media milla de longitud y de pronunciada pendiente. La superficie del suelo la perdimos pronto de vista y quedó lejana sobre nuestras cabezas.

Nuestro destino eran las profundidades de los hielos. El centro de la Antártida. Ojalá hubiera traído una bandera inglesa. El descenso era severo para las rodillas, y me dio por pensar que la subida sería un durísimo castigo para los músculos. Ya habíamos pasado de largo varias bifurcaciones cegadas por el hielo y, en una de ellas, que para mí era igual a las anteriores, paró. La entrada tendría una anchura de tres metros y la altura de un hombre, la altura media de estos hombres que habitaban esta Ciudad de Hielo. Sacó un pico hecho con un enorme hueso reforzado en su extremo por una piedra tallada y empezó a liberar de hielo y nieve la puerta que daba acceso a esta imponente ciudad escondida en el corazón de la Antártida. Empecé a temer que hubiera más seres como ella en aquel lugar, y que no tuvieran más intención que devorarme. Temía sobre todo que en aquel lugar hubiera machos de esa especie de antropoides a medio camino entre simios y titanes. Los machos siempre son más dados a la violencia.

El pasillo de entrada estaba construido en zig-zag para que con cada giro la nieve chocase contra una pared y cegara la menor longitud posible de galería. Cuando abrió la puerta de hielo, golpeándola con el pico de piedra, entramos, totalmente en penumbras. Se notaban leves corrientes de aire por encima de nuestras cabezas, como consecuencia de un sistema de aireación que aprovechaba las diferentes alturas que componían la Ciudad de Hielo y que demostraban un dominio absoluto de la ciencia que rige las corrientes.

La Ciudad de Hielo tenía su entrada por aquella mínima hendidura, a más de media milla de profundidad, apenas perceptible en la congelada llanura escrupulosamente disimulada en el infinito blanco, y se presentaba, inexpugnable e inmensa, y también incomprensible como el existir que albergaba dentro.

Ni me daba esperanzas ni me aliviaba el pensar que iba a encontrar allí abajo a otros seres tan salvajes como ella. Pensé en África.

Empecé a hacerme preguntas conforme bajaba por el desnivel: ¿Qué extraños arquitectos se sepultaron en esta inhóspita tierra congelada y escondieron sus vidas bajo los hielos para que nadie los encontrara?, ¿qué miedo ancestral los poseía?, ¿de qué verdugos, que perturbaron sus instintos, huyeron en el principio de los tiempos en ese éxodo sin retorno?, ¿cómo se grabaron en su carne prehistórica los ritmos de los hielos, el empuje de los vientos y la lectura de las sombras? Cada paso que daba entre aquellas oscuras galerías me hacían tomar conciencia de que la existencia del hombre, de cualquier hombre, no era necesaria en la Tierra y que somos una especie totalmente prescindible; sin ir más lejos, ellos así lo habían sido.

En la primera sala se encontraba un gran cuenco de piedra lleno de esperma de ballena, así me pareció. Lo descongeló calentando el aceite que traíamos en el trineo y lo encendió frotando, como siempre hacía, dos pequeños trozos de piedra sobre pelo seco. Su propio pelo, que cortado, conservaba. Fue la última luz que vimos antes de entrar en el laberinto ciego y helado en donde viviríamos los siguientes dos años.

Poco a poco, aprendiendo de su mano, me volqué en mis otros cuatro sentidos, que es cierto que pueden ver con más nitidez que los más claros ojos. Podíamos estar meses sin que la luz despertara nuestras pupilas, salvo para el alimento, y tan sólo unos días antes de cada salida a la superficie helada encendíamos antorchas para, despacio, acostumbrar los ojos a un mínimo de luz.

Ella al igual que estaba perfectamente dotada de fortaleza y vigor para vivir sobre la gélida superficie también lo estaba para habitar las congeladas profundidades mediante un proceso continuo de transformación y cambio en las defensas de su cuerpo que sólo dan los innumerables siglos, la continua adaptación y los hielos.

Como único mobiliario esa habitación disponía de dos enormes mesas de piedra traídas desde la costa. Tuvo que ser un esfuerzo de titanes acarrear hasta aquí esas rocas; un esfuerzo de titanes y de sabios navegantes, que no dudo, después de verla a ella en el laborioso manejo de las velas, de que también fueron los señores de los vientos.

Me imaginaba enormes convoyes de hombres con la fuerza de gigantes arrastrando esas enormes piedras entre tempestades, nevadas y temperaturas heladoras, mientras el viento, siempre indomable, hinchaba las velas de los trineos y, a la vez, borraba todas sus huellas hasta hacerlos invisibles.

El viento, que gemía y devoraba cuanto encontraba a su paso en la superficie, abajo se convertía en un pequeño silbido que realizaba un recorrido por los techos perfectamente prefijado por los arquitectos del hielo que diseñaron esta majestuosa maravilla. Por el suelo, junto a las

paredes, tallado en el hielo serpenteaba un pequeño desagüe para que las licuaciones de la pared tuviesen su sumidero.

En esa primera sala dejamos cuanto llevábamos, ella apagó la antorcha que habíamos encendido en la entrada y comenzamos a ascender por un largo pasillo sin escalones. En la total oscuridad, apenas tocaba con sus manos las paredes ni ponía cuidado en el desplazamiento de sus pies. Para ella era natural el movimiento sin necesidad de ver cuanto la rodeaba. Pero yo arrastraba los pies sobre el hielo temiendo caer con cualquier obstáculo imprevisto y llevaba mis manos a las paredes para guiarme en mi camino y, también, de vez en cuando, la hacía parar, apretando su mano, de la que no me solté en ningún momento porque no podía aguantar, ciego, su velocidad de marcha.

El aire silbaba sobre nuestras cabezas, un aire que purificaba toda la atmósfera de aquella ciudad escondida entre los hielos. Era impensable que hombres que no habían escrito una letra dominasen con esa habilidad el juego de fluidos y corrientes, de pesos y tensiones, de cimentación y drenaje.

La siguiente sala era enorme, cuadrangular, que se había ido tallando con el tiempo, con golpes y con un oficio minucioso de artesano que se adueñó del hielo y de sus formas. El techo debía de ser una gran cúpula, al menos, eso he pensado siempre, porque las voces, que suelen guiar en la penumbra, me traían los ecos de una construcción majestuosa y circular. Con la voz se puede mirar. Con el olfato se distinguen razones. Con el tacto se construyen las formas. Y con el gusto puede eternizarse el aliento de la vida.

Los tramos que unían las salas eran angostos, con pasillos que formaban ángulos rectos tras cortos trechos para evitar que las corrientes tuvieran freno. En las profundidades del hielo la oscuridad era total y tardé más de un año en deshacerme de la necesidad de que mis manos ya no cumplieran el obligado ritual de exploración que la ceguera en aquella ciudad les había impuesto. Ella me había traído a un mundo helado y ciego. Helado y ciego. Y además solitario. Ahora sí que tenía la absoluta certeza de que no saldría con vida de allí jamás. Estaba en medio de la Antártida, en un lugar inaccesible a más de media milla de profundidad.

La gran sala central tenía varios ambientes cada uno con su utilidad.

La primera división era clara porque el techo de esta zona no llegaba al metro de altura y aunque ahora con sólo dos habitantes, apenas si tenía provecho, en su momento, cuando la ciudad estaba plenamente habitada, servía de centro de reunión en donde se discutían los temas que afectaban a la comunidad; y como la elevación del tono de voz va siempre aparejada a bruscos movimientos por ganar alzada, la poca altura del

techo, que provocaba sonoros golpes en la cabeza de los vehementes, impedía que toda conversación deviniera en discusión. Era imprescindible que, si en aquella sala la ceguera era absoluta, el bullicio se impidiera mediante la barrera física que suponían unos techos tan bajos.

En el centro de la sala estaban colocadas varias columnas de hielo que ejercían la función de área de juego. El juego que se practicaba consistía en girar alrededor de una columna en silencio, pues no había voz en aquella ciudad que no fuese una voz útil, hasta que el director del juego indicaba que comenzaba la partida y de cada columna salía un jugador que debía tocar en la más absoluta oscuridad el resto de las columnas. Envuelto en la ceguera no había límites y a lo largo de la zona de juego se construían obstáculos que te preparaban para la vida en la superficie helada. No había límites y los sentidos, salvo el inútil sentido de la vista, alertaban al cuerpo y a su movimiento: las voces, con ecos que posibilitaban calcular distancias; el tacto, capaz de dibujar el congelado suelo; el olfato, con olores plenos que yo nunca alcancé a sentir, y el gusto por el hielo que lamían y que les daba pistas de cómo era la zona por la que se movían.

A continuación de este enorme salón había otro idéntico, cuya utilidad se basaba en que servía de descanso reparador para el anterior, alternándose en su uso para reponer muros, paredes y suelo desgastados por el aumento de temperatura que podía provocar la continua respiración de la vida que albergaba.

El fuego sólo era utilizado a la hora de alimentarnos y los ojos que vislumbraban los rayos que despertaban a sus cristalinos esperaban con ansiedad la llegada del hambre para recibir el poco alimento de luz que aquella Ciudad de Hielo entregaba a este innecesario sentido bajo la superficie.

Se trabajaba a oscuras. Se reparaban los muros de hielo a oscuras. Se andaba sin más ayuda que la memoria, el tacto, el oído y los olores. Se vivía en completa atención porque vivíamos en la noche sin apartarnos de ella más que un poco a la hora de preparar algún alimento o descongelar agua. El fuego era un mal necesario porque su excesivo uso diluía las paredes del habitáculo que ejercía de cocina que al momento recibían reparación y reposo.

El resto de las salas de la Ciudad de Hielo era una ciudad de ciegos y para ciegos. No parecía infeliz; al contrario, daba tal sensación de fuerza, seguridad y conocimiento de cuanta labor emprendía que llegué a pensar que yo estaba ciego y sin luz allí abajo y ella no. También aprendí a ser fuerte en la oscuridad y a descubrir secretos humanos inhibidos hasta entonces.

La Ciudad de Hielo era una ciudad duplicada para su correcto mantenimiento. El hielo de las paredes que se descongelaba, discurría por los desagües hasta dar a un aljibe donde volvía a congelarse y a ser elevado nuevamente hasta las salas para que las manos expertas de los forjadores de esta ciudad volvieran a colocar cada gota de agua sobre la estructura de la que huyeron.

A cada sala le continuaba otra absolutamente igual. Estos hombres vivían en una ciudad duplicada, dueños de un mundo dual, la superficie árida y helada y las oscuras entrañas del hielo, un cuerpo dual, un espíritu dual y un lenguaje dual. Y yo pienso que solamente con esa dualidad se puede crear un mundo perfecto.

A continuación de estas enormes salas, se encontraban cien habitaciones de unos cien metros cuadrados cada una. Las habitaciones eran circulares, con dos puertas y cerradas por cortinas de cuero. En el centro estaban dispuestas catorce piedras cuadrangulares que toqué con mi mano para tantear las mullidas plumas de aves antárticas y las pieles que protegían el sueño del frío.

Paramos en una habitación que en nada se diferenciaba de las restantes. Me hizo entrar y se desprendió de los atalajes que todavía portaba. Volvimos a salir. Me dio su mano porque indefenso en la oscuridad la llamé.

Yo esperaba recibir por respuesta un chillido áspero, un grito estridente como aquellos que lanzaba en la superficie; pero no dijo nada, me agarró la mano con fuerza y nos dirigimos a un gran vestidor en el que se encontraban almacenadas las ropas de todos los habitantes de la Ciudad de Hielo.

Las ropas eran comunes, los comedores eran comunes, los dormitorios, también; yo no podía creer que seres tan hoscos, tan fuertes, tan en comunión con la violencia del exterior, tan acostumbrados al color de la sangre, al sacrificio y al dolor pudieran alguna vez haberlo compartido todo sin que las tensiones hubieran impedido su convivencia.

En la oscuridad empezó a desvestirse, oía el roce de las ropas desprendiéndose de su piel y se quedó completamente desnuda, no la vi pero pude tocarla. Tocar toda la grasa que la envolvía. Se cubrió con una capa hecha de pieles. Me miró y me habló. Y fue como un milagro. Me habló. Pero ya no utilizaba el lenguaje desgarrador y chirriante de la superficie ni se acompañaba de esa gesticulación feroz que poseía en el lugar en el que arrecian las tormentas y golpean las ventiscas el cuerpo y el alma; pues poca utilidad tienen los gestos en la oscuridad. Ya no era un idioma estridente. Ya no arañaba los oídos.

En aquella profundidad calmada que nada tenía que ver con la feroz superficie antártica articulaba un lenguaje sin aristas, cercano a la caricia y al beso, leve en sus entonaciones, pronunciado con lentitud, siempre próximo y que sólo se emitía cuando llegaba acompañado del aire respirado y cálido. Un nuevo lenguaje deslumbrante y vivo. Tan cercano y tan suave que parecía un beso. ¿Cómo alguien que había desprendido tanta violencia y coraje me hablaba ahora con ese suave lenguaje? ¿Qué raro milagro, - pensé -, se había producido?

El lenguaje de la superficie era un lenguaje agresivo nacido seguramente del dolor, de los peligros y de los ruidos que provoca el miedo; mientras que aquí abajo los sonidos evolucionaban de la caricia, de la proximidad de los cuerpos y de la continua vecindad de la noche. La oscuridad precisaba de la cercanía de las bocas, los oídos y los seres. Jamás gritó dentro de esa perfecta Ciudad de Hielo. Jamás me hablaba desde una distancia tal que yo no percibiera el aire y el calor que transportaban sus palabras: si el aire que salía de sus labios no llegaba hasta mí, no podía oírla. Era un idioma mágico.

Me maravillé ante esa especie de hombres que diferenció el idioma del dolor, la sangre y el sufrimiento del idioma del sentimiento, la ceguera, el roce y el amor. Pero no fue el hombre quien definió el idioma sino el idioma forjado por diferentes geografías, pesadumbres y angustias quien definió a estos seres duales.

Aquí abajo, resguardados de las ventiscas y de las bajísimas temperaturas que batían la superficie y que podían alcanzar hasta los 80°C bajo cero en las condiciones más extremas, el lenguaje se convertía en un lugar mágico; capaz de dibujar, mediante el roce que producía el aire expulsado de la boca, el contorno de cada persona que recibía del comunicante el calor que habitaba su pecho unos segundos antes. La completa oscuridad impelía a hablar en la cercanía y en el susurro.

¡Qué hermoso tocarse para saber con quién estás hablando! Desnudándolo con la mano, llegando casi a su conciencia y augurando, con la magia provocada por el contacto de dos pieles, qué humores corren por su cabeza. Posiblemente, parecido origen tuvieron los besos entre los hombres.

Tan sólo había un lugar en la profunda Ciudad de Hielo que era encrucijada de los dos mundos. Se trataba de una enorme sala, tan grande que un hombre a pie podía tardar cuatro días en atravesarla, en la que, mediante un complejo sistema de lámparas que jugaba con los reflejos del hielo y sus deformaciones, el techo, tallado por artesanos infalibles en el arte de la cartografía, los arquetipos, los volúmenes y el color blanco del hielo, era el espejo de un increíble mapa desmesurado de la Antártida, con tal rigor y perfección que mirarlo era situarse en sus costas y depresiones, en sus lenguas de glaciares y en sus llanuras que

falsamente aparentan el mismo tono de blanco.

Allí era donde aprendían los adjetivos con los que se situaban sobre los infinitos páramos blancos. Miles de adjetivos para dibujar un continente que parecía un cosmos de brillos y de sombras. Cuando las lámparas eran encendidas, los miles de matices del color blanco se aliaban con la geografía, de tal manera que eran espejo y señal de los pasos que fueron dados y que se darán por los albos páramos helados del Polo.

En aquella enorme sala bajo los hielos, tan grande como un condado, era el único lugar de la ciudad en el que se hablaba el adusto y salvaje idioma de la superficie, la oscuridad desaparecía cuando se encendían las lámparas; y los susurros, que habitaban las ciegas galerías por la que nos movíamos, se convertían en voces que sonaban claras en su choque contra aquel techo, maravilla de la geodesia.

La perfección era tal, que un determinado blancor era identificado con cada lugar específico de la Antártida aun cuando éste variase la luz con las estaciones y los días. La temperatura de aquella sala como la de toda la ciudad siempre era inferior a 10°C bajo cero y cuando, por cualquier motivo, la aglomeración de gente pudiera llevar a un aumento de la temperatura, cientos de bloques de hielo eran transportados hasta las enormes salas para que las paredes y techos sufrieran lo menos posible y los artesanos del hielo tejieran o destejieran a la temperatura adecuada cada trozo de hielo.

En el enorme vestidor me habló por primera vez con palabras suaves. Pegando su boca a la mía. No entendí, pero no me importó. Dejó su indómito carácter sin el cual no hubiésemos sobrevivido entre tormentas y fríos sin fin, y se convirtió en otro ser. Me colocó una enorme capa de pieles que me cubría desde la cabeza a los pies, dejando únicamente sin tapar las manos, que eran defendidas del frío por pesadas manoplas, y los pies, que me los cubrió con botas de piel de más de diez dedos de grosor y con las que era muy difícil andar si no habías practicado mucho. La cabeza estaba entera cubierta, tan sólo la respiración era permitida mediante una tímida abertura, tapada por una suave máscara, que impedía la asfixia. Ver, se veía con las manos, con los oídos y con la memoria; que allí aprendí que la memoria es la dueña de todo futuro.

No se trataba tan sólo de hablar otro idioma diferente; sino que ella, dentro de la Ciudad de Hielo, ya no era la misma. Se produjo en su ser, cuando caímos en la oscuridad de la escondida Ciudad de Hielo, un cambio tan profundo sin que combate alguno se engendrara en el fondo de su alma que una cualidad así sólo puede ser innata a una especie.

Me pareció que sus terribles instintos de supervivencia la habían abandonado para convertirse en un ser apacible. Empecé a entender que el orden social establecido allí en las profundidades del hielo,

deambulando por estrechos corredores, únicamente era posible si todos sus habitantes adoptaban sin fisuras la religión de la bondad y de la entrega total, espiritual, corporal y material.

La metamorfosis que experimentó había sido tan brusca que solamente la creí posible mediante una explicación heredada que viajaba de carne en carne y de vientre en vientre desde tiempos milenarios.

Era todo tan perfecto: la dureza y el esfuerzo arriba, la humanidad y la ternura abajo. Dos mundos que sin rendirse al desaliento habían configurado a través de los tiempos una especie de hombres que se desvanecía con su persona. Ella era el último eslabón de la única especie, de la única sociedad, que ha puesto los pies sobre la tierra, donde triunfó, al menos en la mitad de su esencia, lo común sobre lo propio, el dar sobre el recibir.

Si el idioma de arriba en la superficie, era el idioma de los peligros, las tormentas y los lugares, el idioma de abajo era el idioma de los sentimientos y del tacto.

La Ciudad de Hielo estaba desierta. No había ningún rastro de otra vida que no fuese la nuestra. Ella estaba sola. Sola, sola, sola. Como jamás nadie ha estado nunca: sola. Nadie ignora lo que ella sentiría el día que el penúltimo habitante de esa ciudad, el penúltimo titán, se apagaba sin remedio. Tal vez de ahí nació el atrevimiento para salvarme. El último ser del mundo. El último ser consciente.

En la habitación, cubiertos por las enormes capas de pieles, nos tumbamos sobre una mesa pulida y mullida por infinidad de pieles y plumas. Ató nuestras capas. El calor de nuestros cuerpos era un único calor en aquella habitación de hielo. Yo no quería ni respirar. El animal salvaje que sólo se hizo entender en la superficie con golpes, esfuerzos y trabajos sin límites, necesitaba allí abajo el roce de otra carne.

La había estado viendo como un animal brutal durante tres meses. Tendidos sobre la pulida piedra, llena de plumas y cubiertos por pieles, sin otra vida cercana. Oyendo los latidos de nuestros corazones en esta ciudad perdida. El corazón aquí dentro suena como si fuese capaz de latir fuera del cuerpo.

Con un redondo trozo de hielo oloroso empezó a lavarme. Olía a algas y a mar.

Sí, puede que los profetas de los hielos acertaran en la concepción de una vida dividida en dos planos paralelos, sin contacto alguno, el plano interior de la ternura y el exterior de la violencia; pero como esa violencia era puramente instintiva, en comunión con una naturaleza helada que rugía, podía vivir en sus almas sin conciencia ni

reproches.

Me pidió que la lavara con palabras que yo oía tiernas, que no entendía pero que bebía de sus labios como si fuesen palabras mías. Cogí otro jabón de hielo con olor a sal y a algas y, suavemente, empecé, entre las pieles que nos daban calor, a frotarle su pálido cuerpo antártico, a limpiarla de grasa.

Dos años he estado con ella. Ahora está ahí, fuera del trineo. Atada. La soledad, su dulzura, dueña de unos músculos de hierro, la noche silenciosa que envolvía sin tiempo ni compasión nuestros oscuros cuerpos, el frío brillante, doloroso y desatento, ignorantes del pasado que había vivido mi carne, no evocaban en mi mente más imagen que su rostro y su cuerpo que vedado a mis ojos sólo podían saciarse con el roce imposible.

Cuando terminamos de lavarnos con el jabón helado, nos secamos con trozos de pieles muy suaves metiendo nuestras manos bajo las capas. Su extremada juventud se le notaba en los pechos, poseedores del sensible tacto de los amaneceres, su vientre se asemejaba a una plateada coraza de bronce que una vez fueron vestidas por guerreros que eran como dioses. Sus piernas, bravas y fuertes, en la superficie del hielo me parecieron alas, cuando las mías se convirtieron en pesadas piedras y su rostro, tan diferente al mío, tan lejos, lo vi tallado por el esfuerzo y la geografía con la forma que decidieron los vientos y los hielos.

Prisioneros entre las pieles, roció mi cabeza con una grasa aromática que resbalaba por todo mi cuerpo. La sensación de frío desapareció cuando empezó a frotarme, llenando mi piel con el rastro de sus manos sobre el aceite que me cubría.

Después fui yo quien derramé el aceite sobre su cabeza, sus hombros, sus pechos, su vientre, sus caderas, sus muslos y sus pies. Y su cuerpo, sin poder verlo por la oscuridad absoluta y por la infinidad de pieles que nos cubrían, lo imaginé brillante, terso y vivo, mientras lo abrigaba con grasa de elefante marino con mis manos, que nunca imaginaron que un ser tan diferente y extraño pudiera provocarles tales sensaciones, y acariciándola, a ciegas, dibujé el horizonte de mis pensamientos sobre su piel tersa por el frío y el hielo que nos rodeaba. Mientras tanto, me hablaba en el idioma que solamente podían dibujar sus labios: palabras llenas de sonidos suaves que siempre necesitan de los labios para su articulación.

Dormimos. Pienso que dormimos mucho tiempo, envueltos los dos cuerpos en pieles y mantas, respirando el mismo aire que caliente de nuestras bocas vivificaba nuestra piel, cubierta por más de tres dedos de

grasa, condenados a la prohibición del absoluto contacto.

Al despertar salió de la piel que nos unía. Se embozó en otra que estaba tendida junto a la mullida piedra que hacía de cama y a oscuras, tapadas cabeza, cuerpo y manos, como siempre íbamos para protegernos del frío, ciegos por la oscuridad y por el necesario abrigo, me pidió que la siguiera. Con movimientos lentos me metí en las pieles cuyas únicas aberturas eran para la cabeza, que se cubría con máscara y capucha, para las manos, en donde se colocaban dos gruesos guantes, y para los pies, forrados por amplios zapatones de cuero y pieles. A ciegas, andábamos muy despacio. Si el hombre está hecho de luces y de sombras y no hay más remedio que vivir con ellas, lo mejor es separarlas.

Descendimos por una escalera de caracol casi sin fin tallada en la pared de hielo, tanteando con nuestras manos, protegidas por mullidos guantes, y arrastrando los pesados pies para evitar cualquier caída. Descendimos tanto que perdí la cuenta del número de plantas que debíamos de haber dejado atrás. Las botas de piel que llegaban casi a las rodillas estaban claveteadas en su suela con pequeños trozos limados de uñas de petreles que aseguraban nuestros pasos.

Llegamos a una galería que abocaba a una profunda abertura de forma semicircular de no más de un metro de diámetro. Paró, yo también. Para entrar en esas entrañas tuvimos que arrodillarnos. Era mágico el juego de corrientes y de penumbras que nos atravesaba. La sensación era parecida a la que puede tener un ciego que creer ver una vaga luz en la lejanía y con júbilo imagina que está recuperando la visión y, ávido de esos cambios de matices, llena su corazón de esperanza y de conjuros.

Vivíamos en una velada atmósfera que amparaba y magnificaba el tacto sutil, la lentitud en el movimiento, los susurros en el habla que evitan la sorpresa y la aparición del miedo atrayendo la calma. Vivíamos en penumbras, ciegos, pero enteramente vivos.

Arrodillados, cumpliendo una penitencia obligada que yo veía sin sentido, llegamos hasta el final del pasillo. Cuando lo atravesamos nos pusimos en pie y con las manos, siempre bien protegidas del frío por los guantes, fuimos tanteando la cámara. Ella empezó a hablarme, lenta y suavemente, muy suavemente, con el idioma de la respiración y del roce. Yo no entendí nada; pero dibujé en mi mente, tocando con las combas palmas de mis manos, envuelto en tanta oscuridad y frío, las formas de cuanto nos rodeaba.

Estábamos andando por una gran cámara en donde se hallaban toneladas y toneladas de carne congelada: interminables pasillos flanqueados por paredes de carne bien apiladas y ordenadas, ausente la fiereza que las gobernaba antes de perecer con los golpes o en las trampas; animales, cuyas osamentas ya tenían forma millones de años

antes de que naciera el primer primate, huérfano de antecesores y de estaciones.

Se tardaban varias jornadas, teniendo en cuenta las limitaciones de la visión y de la pesada indumentaria, en recorrer todos los pasillos. Deseé encender una antorcha pero ella me lo impidió. Allí, bajo los hielos, me alimenté de focas leopardo, de leones marino, de carne de ballena, de orcas, de pingüinos emperadores. No había animal que habitase las costas antárticas que no hubiese pagado su tributo a la especie que dominó el hielo. No puedo decir cuánta comida había allí. El tamaño de los trozos de carne lo imponía la anchura de la entrada.

Allí permanecían apiladas miles de toneladas de carne congelada desde un tiempo inmemorial, y pensé que sólo la abundancia hace posible un pacífico sistema social. Esa abundancia, me dije, fue quien consiguió la igualdad absoluta, imposible en cualquier otra sociedad de hombres.

En la oscuridad cogió, a tientas, el trozo de carne más cercano a la puerta, lo ató a una correa de cuero y volvimos a salir arrodillados. El pasillo parecía ahora mucho más estrecho. El regreso lo hicimos por una rampa larguísima que se retorció veintidós veces, yo creo que sin motivo, y que convertía en un trabajo penoso el deslizamiento del trozo de carne por el hielo. Tardamos media jornada en llegar al comedor. La subida fue agotadora y ardua, imagino que para que no cayera en el olvido que toda abundancia proviene del esfuerzo y del sufrimiento.

Ella y yo nos colmábamos, sobre todo, con el imposible roce entre las pieles y con el idioma suave que salía de sus labios. Con lo rudísima, inhumana y cruel que había sido en la superficie sometida a los fríos, las tormentas, los duros trabajos y el brutal aire congelado, su voz y sus gestos se dulcificaban entre las perennes sombras. El contorno de su cuerpo era trazado por mis manos y por la grasa de león marino que me hacían imaginar los brillos que su cuerpo tendría si fuese besado por la luz.

Por su comportamiento, parecía que ella, allí, bajo mil metros de superficie helada, tenía el mismo cuerpo y distinta alma. Desde la rudeza, la muerte y la sangre, el sufrimiento, la impiedad, desde un lenguaje que sólo entiende de tempestades, hielos y peligros se metamorfoseó con la lejanía de los vientos en el animal que sólo vive para el cuidado del cuerpo, el alimento tranquilo, el frío controlado en la oscuridad, el juego y el susurrar palabras de intimidación, de atención y de estado: era otro animal y, sin embargo, era uno.

En la oscuridad, la lentitud y el tacto eran nuestros aliados porque el fugitivo sol cortado por el hielo hostil en un ángulo imposible se negaba a iluminarnos y el haz de luz osado que evitaba tantas fronteras y amenazas parecía solidificarse con el frío y romperse al contacto,

desafiando todas las leyes de la naturaleza.

Nos sentamos en una de las largas mesas. Encendió una de las mechas del cuenco de aceite, y sin abandonarnos del todo la oscuridad, el leve haz de luz apareció como un milagro a mis ojos. Por fin cristalino, retina y córnea volvieron a la vida y me alegré, porque una vez que entramos en la Ciudad de Hielo y nos envolvió la oscuridad pensé que nunca más vería una luz. Ahora ya sabía que con cada comida mis ojos me serían útiles y se sentirían vivos.

Cogió el trozo de carne congelado que habíamos arrastrado desde una milla más abajo y lo colocó cercano a la llama para proceder a su descongelación. Puso su hacha de piedra tallada sobre el enorme pedazo de foca leopardo y empezó a hablarme. En ese momento mi única necesidad era tocarla. En la oscuridad, la soledad surcaba a sus anchas mi cuerpo y mi espíritu. Con la luz de la antorcha, mientras la miraba a ella, parecía que la soledad se desvanecía bajo su llama y agotada por su falta de descanso se apartaba de mí para que yo cayera preso de la dorada cosecha de mis ojos.

Todo cuanto dejé atrás mereció la pena, y cuanta pesadumbre y dolor me eché encima por vivir en una tierra tan hostil también mereció la pena. Y no llegar a vivir más de treinta años también ha merecido la pena. Y perder la visión por no ejercitar los ojos con benditos rayos de luz también ha merecido la pena.

En la Ciudad de Hielo el significado de las palabras no eran nada comparado con su suave declamación y su sosegada gesticulación mediante el tacto sobre el cuerpo del destinatario del mensaje. Si ella era brutal enfrentándose en la superficie al intolerable frío, los durísimos vientos y los esfuerzos sin medida; abajo, escondidos bajo el hielo, en el mundo de la oscuridad, donde el contacto sobre las frías paredes te situaba y la lentitud era la manera de maniobrar más rápida y segura, en un mundo de ciegos en el que es necesario agarrar una mano para no perderla, ella hacía suave cada hecho, cada acción o cada gesto.

Cada palabra tenía un significado y si no iban acompañadas del roce de manos y cuerpo su contenido moría y quedaba convertida en una pura forma sin valor.

Todo adquiriría sentido a través del cuerpo, del ruido del movimiento cercano, y del roce con el destinatario de la comunicación en cuyos brazos era abandonado el lenguaje para que nunca pudiera vivir independiente del hombre y de sus sentimientos. La palabra en sí misma nada valía para ellos.

Cortó la carne en trozos muy pequeños y los puso sobre la mesa, se dirigió a una plataforma elevada a modo de púlpito y dijo unas

palabras, lentamente, en voz baja. Una especie de rezo evocando a los hielos y a su protección.

Cuando terminamos de comer, salimos y nos dirigimos a uno de los dormitorios donde nos esperaban veinte camas solitarias cuyos dueños nunca volverían. Se quitó todas las pieles que le permitían andar por aquella Ciudad de Hielo y se metió en una de aquellas mullidas y bien vestidas camas. Al igual que la vestimenta cubría de la cabeza a los pies, las mantas también lo hacían. De ningún provecho servía tener los ojos destapados en un mundo de sombras. Yo elegí la cama de al lado, y cuando me quitaba todo el abrigo que llevaba encima, me llamó. Me llamó con una palabra que me pareció mágica, susurrando, y que a mí me sonó como un suspiro desesperado.

Había dormido pegado a ella durante cuatro meses cuando vagábamos por los duros y perpetuos hielos en una dirección que sólo ella conocía y había llenado su cuerpo de grasa a la luz de una llama mientras descansábamos entre tormentas que los instintos atan y a la mente sólo le permiten el delirio; y pensé que estaba hecha de hielo y jamás imaginé que pudiera llamarme como lo hacía esa primera noche allí dentro. Entré en la cama y me tumbé junto a ella, nos cubría, de la cabeza a los pies, un abrigo muy pesado y nos separaba la grasa de león marino, más de cuatro dedos, untada sobre nuestros cuerpos para protegernos del frío.

Nos abrazamos enfrentados, calentándonos con nuestros alientos. No hubo palabras. No hacen falta cuando se bastan los cuerpos. Mis manos se metían en la gruesa capa de aceite, pero era imposible llegar a sentir el tacto de su piel. Aquello que nos protegía del frío impedía saciarnos. Mis dos manos resbalaban, sin encontrar jamás el tesoro inabarcable que buscaban: su cuerpo de titán, de animal salvaje, limpio y puro. Tan distinto al mío. Elevando y bajando su cuerpo sobre mí, sin sentir su piel entre mis manos, pero sin lamentarme, agotando mi aliento en el sueño de palpar sin obstáculos de aceites ni pieles su cuerpo inalcanzable.

Pasó el tiempo y llegué a tener una sensación de plenitud como nunca había tenido.

En la superficie aprendí el idioma del hielo con su gramática de espejos y el idioma del viento que siempre pasa sin vocales; y en la profundidad de la ciudad perfecta aprendí con ella el idioma de la cercanía que es un lenguaje formado por una palabra infinita donde no hay sílaba en la que no intervengan los suaves labios.

Los días eran un único día en el que las labores continuaban como si nadie hubiese desaparecido, como si esa sociedad permaneciera sin rastro alguno de extinción. El trabajo era agotador y el amor también era

agotador. A ciegas, metíamos bloques de hielo para rellenar las paredes, limpiábamos las piedras, verificábamos las medidas aberturas que traían puras corrientes de aire, procesábamos los excrementos.... Siempre había alguna tarea.

Estábamos los dos solos, sin socorro alguno, lejos de los milagros, ante el hielo indiferente, protagonista de una religión, la del frío, impuesta con una fuerza brutal y sin desobediencia posible. Trabajábamos sin descanso. A ciegas. A ciegas hice tareas que nunca pensé que podría hacer. Solamente con una disciplina fuera de lo común una especie animal es capaz de sobrevivir tanto tiempo allá donde nada sobrevive, y ellos lo consiguieron.

Pasó un invierno. Llegó el primer verano. En ese verano, durante un mes, anduvimos nuevamente por la superficie. Nos dedicamos a acarrear carne a la Ciudad de Hielo desde cercanos depósitos que escalonadamente entretejían una nutrida red de abastecimiento que llegaba hasta la costa.

La luz, aunque fuese sesgada y tenuemente conducida por los límites circulares de la superficie polar, parecía que quemaba los ojos que abandonados entre sombras durante tanto tiempo habían olvidado su vital función. Ella insistió en salir. Yo no lo entendía. Necesitaríamos, cientos de años para comernos toda la carne que teníamos almacenada dentro de la Ciudad de Hielo.

“Estamos solos”, le dije, “no hay necesidad de salir, ya no queda nadie”. Su observancia y acatamiento de todas las pautas ancestrales que rigieron la vida de aquella sociedad era inquebrantable. Insistió en salir. Insistió y salimos. Y nuevamente, nada más poner sus rudos pies sobre la superficie, volví a escuchar el idioma salvaje de la extensión antártica y el rugido del viento de los lugares inaccesibles, y volví a ver cómo ella cambiaba para convertirse nuevamente en un animal, y cómo ella volvía a verme a mí como otro animal sin sentimientos y sin otro corazón que no fuese el corazón que mantiene intacta la fortaleza de la mente y de los miembros ante ciclópeos sacrificios.

Tuve una brutal caída en ese breve viaje. Me reventé la nariz y el hielo hizo el resto del trabajo de amputación, el hielo y ella. La mejilla derecha se me hundió en la cara. El tacto de mi mano cuando me recuperé me dijo que ese rostro que tocaba pertenecía ahora a otro hombre. Mi faz empezaba a modelarla el hielo, el frío y el viento.

Pasó otro invierno entre besos y trabajos en el que yo viví cada día como si fuese el primer día y cada beso como si fuese el último beso en un mundo de ciegos, de trabajos y de roces. Y llegó otro verano. Y ella decidió lo impensable. Verdaderamente era impensable, salvo si buscaba

nuestra muerte: quería volver a la costa.

Después de casi dos años en el corazón de la Antártida, quería que volviésemos a la costa. "¿Por qué?". "Carne", me dijo. "Tenemos carne de sobra, congelados ahí abajo, que no nos comeremos aunque viviéramos mil años. Todos están muertos menos tú. No hay nadie más. Somos sólo dos pequeños arañazos de sangre en este mundo blanco y sordo. No pienso ofrecerle a ningún dios el sacrificio de nuestras vidas. Ya lo hice una vez".

Ella no me entendía. Las palabras son las que son, ni una más ni una menos. Terminé gesticulando como un poseso. Terminé hablándole en inglés. El idioma creado para llevar la luz a todos los rincones del mundo. Pero ella puso su mano sobre mi boca y me pidió que la siguiese. Mientras caminábamos yo le decía: "La única carne que no sobra es la tuya. Tú eres única. Ese viaje está lleno de peligros". "No hay por qué ir hacia la costa".

La seguí de la mano bastante trecho. Yo nunca había abocado esos pasillos. Llegamos a una puerta que ella derribó golpeándola con sus piernas. Entramos, tropezando a oscuras con los pedazos de hielo procedentes de la puerta derribada. Ella empezó a entonar un canto elegíaco y fúnebre que reverberaba en las paredes del hielo y en la oscuridad, hasta clavarse en mis oídos y en mi alma. Encendió una pequeña lámpara.

Cogió mi mano y lentamente la arrastró junto con la suya por encima de unas formas humanas congeladas, mientras una bellísima letanía ascendía susurrando desde sus labios hasta mi corazón rendido. Nos hallábamos dentro de un enorme mausoleo en el que yacían miles de cadáveres congelados dispuestos en largas hileras sobre túmulos que engarzados en el círculo sagrado de la muerte formaban un laberinto de pasillos helados llenos de cuerpos incorruptos.

Catacumbas de hielo donde profesionales de la construcción de tumbas congeladas trabajarían durante toda su vida para que mediante nuevos vericuetos ese laberinto del tránsito siguiera creciendo. Allí dormían todos aquellos que murieron antes que ella y podía seguirse cada paso de su sangre desde el primer vientre que pisó aquella ciudad hasta su corazón.

Era un mausoleo grandioso con principio pero sin fin, con tantos pasillos vacíos esperando nuevos cuerpos que parecía que toda la profundidad de la Antártida estuviera recorrida por interminables túneles. Nuestras manos tocaron cientos de cuerpos congelados. Ella siguió cantando mientras avanzábamos lentamente impedidos por nuestros

pesados abrigos. Hasta que no salimos no terminó su solemne elegía.

Los muertos estaban dispuestos con los brazos cruzados y sosteniendo un hacha de piedra entre sus manos. El cadáver, según sus ritos funerarios, tenía que ser pintado de rojo con sangre de animal marino y ser congelado en el mismo momento de la muerte para que el alma no escapase, como escapan las palabras suaves entre los labios. Se pintan con sangre porque esa es la sangre de la vida que un día se descongelará y penetrará a través de la piel para que el cuerpo y el alma recuperen el aliento perdido y llegue la resurrección.

Creían, como creemos también los humanos, que la muerte nunca los alcanzaba, que vendría otro tiempo y que tan sólo vivían un sueño helado.

Dormidos aguantarían hasta la época del deshielo que vivieron y disfrutaron sus primeros antepasados, antes de ser condenados al exilio de este monocromo paisaje helado, lejos de un sol dorado que les privó del color que ellos también merecían.

Y fue esa religión, soberana entre los hielos, sin mensajeros que medren entre hombres y dioses, la que la empujaba a salir de caza para que a sus antepasados cuando volvieran a la vida no les faltara el alimento.

Fui incapaz de convencerla. Ningún tipo de cálculo era posible con ella. Desconocían la numeración y la aritmética, renunciaron a la escritura, poco provechosa en aquel mundo de ciegos, pero manejaban el espacio, el aire y el tiempo con una precisión extrema sin más ayuda que sus instintos.

Desecharon a los dioses solitarios que dan más castigos que premios y creyeron en una nueva revelación impuesta por la hostil geografía donde la vida congelada nunca se extingue y el alma nunca abandona el cuerpo.

Capítulo 3

Tenían varias líneas de abastecimiento desde diversos y ricos puntos de la costa hasta la Ciudad de Hielo, que en un sistema escalonado, iban llenando hasta alcanzar su último destino. El verano anterior no hizo falta viajar hasta el mar porque aún quedaban sobrantes de carne en el último punto de apoyo que estaba situado a una distancia inferior a los cincuenta millas. Esas jornadas eran duras pero llevaderas, mas viajar nuevamente a la costa era demasiado riguroso y aventurado.

Volvimos a cerrar las catacumbas con un bloque de hielo y sellamos nuevamente la puerta.

Nos preparamos para nuestra larguísima marcha y... salimos. Antes de salir la besé. Sabía que no volvería a sentir un beso suyo hasta nuestro regreso y dudaba mucho que yo resistiera nuevamente un viaje de ese tipo.

Colocamos nuestros pertrechos sobre dos trineos y partimos. Nada más iniciar la rampa de subida hasta la meseta habló, y lo hizo nuevamente en el idioma áspero y sangrante de la superficie, se acabó la dulzura en el habla. El lenguaje de la dureza, del frío y de la supervivencia volvía a mis oídos.

No tengo palabras para describir el esfuerzo que tuvimos que realizar durante tres meses hasta alcanzar la costa desde el lugar más alejado e inhóspito de la Antártida. Me acostumbré a vivir con el dolor como hacía ella. Aprovechamos los vientos que llenaban las velas de los trineos y así reservar aquellas energías que nos harían falta para luchar contra los hielos. Cuando no había vientos, arrastrábamos el trineo.

La larga y penosa marcha hacia la costa no tuvo sorpresas. Nos humillamos como hacíamos siempre ante esa inhóspita y dura naturaleza que nos sostenía. Nos batían los vientos helados portadores de padecimientos y desamparo. El hielo bajo nuestros pies era un enemigo del que nunca podías olvidarte porque sabías que siempre vigilaba con sus brillantes ojos tu debilidad o tu descuido, porque no hay nada en la naturaleza más indiferente al dolor que el frío.

Alcanzamos el mar un día sin viento y su olor me desbordó. Las emociones de una vida anterior volvieron al viejo cauce olvidado y embistieron a mi alma, en un desesperado intento por conseguir que no volviera a abandonarlas, como las mareas embocan a los ríos moribundos que, sin desnivel, dejan de respirar ahogados en las aguas saladas.

Estuvimos dos días preparándonos para la caza, dos días escuchando el mar y mirando los colores que vivificaban nuestros ojos después de vivir casi tres años en un mundo de ciegos del que yo no quería salir.

Dormimos, casi un día completo, abrazados sin hablarnos, tocándonos para proteger nuestros cuerpos del frío con grasa de ballena, pero sin un deseo por su parte, sin una sílaba suave, sin un sonido que no resultara áspero a los oídos: ahora volvía a ser un animal, con sus cabellos cayendo sobre el rostro, su ancha nariz, su frente vasta y aplastada, sus pómulos salientes, su cuello vigoroso; como un animal salvaje de los hielos, el animal perfecto.

Al amanecer nos ajustamos los atalajes y las correas. Allí estaba yo, donde quería estar, que debe ser la definición de la felicidad.

De una huida sin retorno provenía la fiereza salvaje de sus ojos que ardían supurando hilillos de sangre mientras vigilaba en aquella costa las escuadras de témpanos que flotaban, pegadas al continente, sin decidirse a desatarse del todo de las verticales paredes de hielo.

Lucía un sol rojizo y triste, un sol pegado al horizonte que auguraba la carnicería. Como armas llevábamos unas enormes piedras atadas a tiras de cuero con las que abriríamos cabezas, reventaríamos costados y llenaríamos de sangre el blanco hielo y la serena playa movidos por su indomable espíritu, que la forzaba sin remedio a la caza.

Ella eligió el lugar y las presas. Gritó con un agudo sonido estridente durante un largo rato. Nos acercamos a las focas cangrejas. Despacio. Con movimientos coordinados convertidos en instintivos por su repetición continua durante miles de años en aquellos hielos forjados con frío, agua y tiempo, un tiempo repetido y brutal que recuerda y sueña continuamente las mismas ceremonias de la muerte.

Cuando ella saltó al témpano el corazón me latía como un tambor. Empezó a golpear con las mazas a los indefensos cuerpos y la sangre que brotaba de las cabezas de los animales moribundos pintaba de muerte el blanco témpano desgajándolo del monocromo paisaje anclado en la dureza y el sufrimiento de los fríos sin fin.

Con una única acometida podía quebrar dos cabezas dominando la piedra antes de que perdiera velocidad. Todo acabó muy rápido. A los animales que convulsos aún se mantenían con vida los remató de un certero golpe.

Cuando todo terminó, tiró al mar las focas que no íbamos a llevar,

como si fueran un tributo al mar que nos alimentaba.

Atravesamos las focas por el cuello con un hueso afilado que tenía ensartada una tira de cuero. No era fácil llegar desde el témpano hasta la playa con tan pesada carga.

Cada gesto, cada movimiento de ella parecía tener un sentido. Arrastramos penosamente, una a una, nueve focas, acarreándolas mientras se agarraban, ya muertas, sólo con su peso, al hielo luchando por no abandonar la seguridad del témpano, como si tuviesen vida. Una a una, yendo y viniendo. El tiempo que yo tardé en llevar dos, ella cargó con siete. Su rostro permanecía adusto, grave y fiero. Y yo imaginaba las caravanas infinitas que realizarían estos hombres por el horizonte de hielo que nunca termina, y que se perderán para siempre pues no hay memoria hecha sólo de hielo.

Esa noche, el viento volvió por nosotros desde el confín del continente y nos acompañó con su música silbante y helada. A la mañana siguiente despellejamos a los animales y preparamos nuestra marcha hasta el primer depósito que distaba unas 100 millas de la costa. Tardamos veintitrés días en llegar y veinte en volver a la costa. Volvimos a cargar y volvimos a llevar la carne al primer depósito. Y lo hicimos una tercera y última vez. También arrastramos carne del primero al segundo depósito y de allí pusimos rumbo al corazón de la Antártida.

Ella abría el camino, tenía el espíritu indomable del hielo que con su perfil desolador convirtió a esta tierra en una tierra de ventiscas, tormentas, niebla congelada, relámpagos, auroras, fríos heladores y anocheceres eternos.

Recorrimos a media ladera un largo valle de hielo con escalones formados con placas congeladas. Los estribos que formaban las placas de hielo desembocaban en hendiduras afiladas como cuchillos. Cada paso era sostenido por la fuerza, el equilibrio y la mente. De nada servía tener la fortaleza de un titán si la mente se rendía antes que los músculos.

El avance era producto de la determinación de ella, que con su voluntad sin fisuras, no se arredraba ante nada.

En cuanto a mí, diré que si bien la angustia se abatió sobre mi corazón muchas veces, nunca lo hizo la desesperación, porque aprendí pronto las leyes de sometimiento y obediencia que con terrible dureza impone la tierra del hielo y del frío. Aprendí a andar con la cabeza gacha y rendida ante el helado viento. Aprendí a trazar pasos tan cortos que tenía la sensación de no tener movimiento. Aprendí a guiarme con la cabeza enteramente tapada. Aprendí, puede que recordando un instinto ancestral, a seguir rutas establecidas por los sufrimientos y los tiempos. Aprendí el idioma salvaje y chirriante de los hielos que con su fonética cortante

parece un afilado cuchillo. Aprendí a no tener más sentimientos que los necesarios para la supervivencia entre hielos y tormentas; aunque todavía no había conseguido separar en dos planos mi alma para poder verla a ella en la superficie como ella me veía a mí: como a un animal salvaje que sólo tiene sus sentidos para cumplir, en la desolación y las tormentas, su ancestral misión.

Tres jornadas después de haber dejado el Valle tuvimos que afrontar el corazón del ascenso a la meseta. Era un ascenso peligroso porque la ventisca enviaba sus ráfagas de nieve a ras de suelo a modo de metralla, porque vivíamos en un mundo monocromo en el que el color blanco se mimetizaba con el blanco y porque el cansancio y la fatiga relajan en exceso los sentidos.

La subida se me hizo muy penosa, apenas si avanzábamos. Estaba agotado. Estuvimos tres días descansando. Ella parecía no tener prisa. Esa semana hicimos la mitad del camino previsto. Delante, guiaba mis pasos y, por detrás, me empujaba una terrible sombra que me recordaba que el tiempo permanecía mudo sobre mi espalda y que si se movía a mi misma velocidad podíamos temer lo peor.

Entonces sucedió lo peor. Nos encontrábamos subiendo la meseta. Resbalé. No me quedarían más de tres metros para alcanzar un escalón donde apuntarme y descansar, pero no lo logré.

Todo lo rápido que pude, crucé el trineo entre dos promontorios helados para que frenara mi caída y me diera tiempo a cortar las correas que me arrastraban en un descenso veloz. Ella, ya en la cima, aseguró su trineo y vino hacia mí. Yo empecé a cortar los atalajes mientras me aferraba al hielo con el pico. Me faltaban brazos y piernas para luchar contra el peso de toda la impedimenta. Y me faltaban cuatro dedos de una mano y dos de otra. Ya antes había sufrido dos caídas en las que el hielo se encargó de hundir mi nariz y mis pómulos y partir mi mandíbula, dejándome con un rostro parecido al de ella, mi verdadero rostro.

Cuando llegó a mi altura, se ató a mí con una tira de cuero, uniendo nuestros destinos, y empezó a arrojar toda la impedimenta por la pendiente. No me atrevía a soltar el pico con el que me sujetaba, y mi otra mano necesitaba, para cortar sin torpeza las ataduras, los cuatro dedos que me había amputado el hielo dos años antes.

Nuestra respiración y nuestros gritos se mezclaban con nuestros movimientos que apuraban todos los recursos posibles que podían mantenernos con vida. Todo sucedía tan rápido. El trineo se movía; muy poco, pero se movía, y cada pequeño crujido de su patín en el hielo aventuraba una segura caída de imprevisibles consecuencias. El hielo lo

amplifica todo, como un espejo deforme; sobre todo los peligros.

Conseguí cortar los atalajes. No solté el pico. Pero el trineo en su caída la arrastró. Escuché un golpe seco y noté que el cabo de seguridad que la ataba al hielo y a mí adquiría su máxima tensión. No llegaba a verla. La llamé y no contestaba. Me consumía el dolor ante la incertidumbre de que le hubiese pasado algo grave.

Opté por clavar profundamente los dos picos en el hielo y sentado y apoyando mis pies sobre ellos empecé a subirla muy despacio, con cada pequeño tirón aseguraba una vuelta del cabo sobre el pico. Cuando vi aparecer su cuerpo volví a utilizar el lenguaje que conformaba mi mundo y estructuraba mi pensamiento antes de iniciar la expedición a la Antártida, y le dije: "ya estás otra vez conmigo".

Procuré inmovilizarla todo lo posible y bajé a por el trineo. Mientras subía no paré de llorar y las lágrimas se me congelaron en las mejillas; sabiendo que ella en la superficie helada no hubiera llorado por mí. La metí en el trineo. La fijé con correas y la tapé muy bien para que el frío no se la llevara rápido. Anclé el trineo al hielo y lo preparé para descansar, cosiendo el techo de cuero forrado con pieles a dos huesos delanteros que se levantaban mediante un sistema de muescas.

Encendí un pequeño cuenco de aceite y procuré elevar la temperatura lo más posible para que su cuerpo no tuviera que hacer ningún esfuerzo en calentar sus órganos vitales. La desvestí cortando la ropa. Una costilla le atravesaba la carne. Tenía un fuerte golpe en la cabeza y la parte derecha del vientre estaba morada e inflamada.

Pensé en quedarme a esperar su muerte y luego rendirme, ya lo había hecho una vez, a la blanca y luminosa llamada del hielo que, con sus brazos de ventisca y con su congelado corazón de hielo, el único milagro que realiza es evitar la putrefacción de los cuerpos; pero con ella, que se había quedado sola como último eslabón de la cadena de la vida, había aprendido que ni tan siquiera cuando se pierden las esperanzas uno debe abandonarse y rendirse.

La até para inmovilizarla lo más posible. Al segundo día murió. Ahora está ahí afuera helada. Dudé si virar y poner rumbo a la Bahía de las Ballenas. Pero voy a llevarla a su ciudad bajo los hielos, se lo debo. La pintaré de rojo, le pondré un hacha entre las manos y la enterraré en aquel túmulo congelado con todos los de su especie. Como ella soñó. Y luego no sé lo que haré. Igual vuelvo a Inglaterra.

No imagino la cara que pondrán Scott, Wilson y Bowers cuando me vean aparecer por Londres. "Bueno, pues ya estoy de vuelta. Ya os dije que sólo iba a salir un momento, y que podía tardar un poco..."